

Hacerse el muerto

Joaquín Guillén



Capítulo 1

Conocí a Celeste en la calle Aldebarán de camino a la universidad. Siempre quise tener una enamorada como ella, bajita y de sonrisa matadora. Desde lejos, caminando con su mochila en forma de panda, la vi y pensé: que linda chica. Conforme me fui acercando, pasó de ser linda a ser hermosa, y después no solo hermosa sino asesina. La vida es triste, uno no puede detener a una chica para decirle: "Me gustas y siempre quise tener una enamorada como tú, bajita y de sonrisa matadora, ¿te gustaría ir a tomar un café conmigo?". Eso no se puede hacer, es extraño. Así que ahí estaba, a pocos segundos de cruzar y pasar al amor para no verlo nunca más, cuando tuve la brillante idea de hacerme el muerto.

Espere a estar a una distancia prudente y me desplomé en la fría vereda como si me estuviera desmayando. Ella acudió a mi rescate. En cuestión de dos segundos me vi en sus brazos y ella gritando: "¡Auxilio! ¡Socorro!", al tiempo que me reventaba a cachetadas la cara, para ver si así revivía. "Despierta, despierta", me decía. Entonces pensé: "Okey, esto ha llegado muy lejos", pero cuando quise hacer algo al respecto, resulta que, con su sonrisa y sus cachetadas, ya estaba desmayado de verdad.

Lo siguiente que vi fue el respaldo del asiento de un taxi. Ella sujetando mis manos y diciéndome: "Todo va a estar bien". El conductor del taxi era un gordito salido de algún taller de repuestos, a juzgar por sus codos de grasa reseca, que miraba por el espejo retrovisor y decía: "Más le vale que su enamorado no se me muera en el taxi, señorita". Y la señorita que no se molestó en decirle que yo no era su enamorado, sino un extraño que acababa de desmayarse en plena calle. Y yo, muy feliz en sus manos, que por ratos me acariciaban y por ratos me quemaban a cachetadas para no perder la costumbre. Y así llegamos al hospital, o más bien a la clínica. Cerré muy fuerte los ojos, supuestamente seguía medio muerto, y escuché como el taxista le decía:

– No tengo sencillo

–No importa, quédate con el cambio

–Pero el cambio es más que la carrera

–No importa – insistió ella y yo tuve ganas de revivir un minuto para llevarlo al gordito al grifo más cercano y buscar cambio antes de morir definitivamente, pero al parecer ella era millonaria y yo, más pobre de lo que imaginaba.

Ya en el hospital, o más bien en la clínica, ella exigió una silla de ruedas para su enamorado. "¿Cómo se llama el joven?", preguntó la enfermera. Y ella le dijo que Alejandro, que Del Campo, que tenía veintitrés y que

estudiaba derecho en la Universidad Católica, como ella. De buena familia, muy romántico y nada celoso, muy bueno en la cama sin llegar a ser fabuloso porque solo la práctica hace al maestro y yo no era así, yo estaba con ella desde el cole, yo San Pedro y ella Villa Caritas; y sí, habíamos ido juntos al baile de promoción y también al de pre-promoción y también al de pre-pre-promoción y, para no hacerla larga, a todos los bailes de pre-pre-pre-pre... que existieron desde el inicio de los tiempos cuando íbamos al nido y nos enseñaban historia del Perú en inglés.

–Señorita, yo solo le pedí el nombre – dijo la enfermera

–No importa – sentenció ella.

El doctor se apellidaba Huamán. Me revisó con sus instrumentos de revisión, incluyendo el termómetro helado que quiso introducirme por el recto, pero que yo me negué rotundamente porque a mí esas cosas no me van por el recto.

– Mejor vía oral – dije muy sofisticado. Y luego se me fue todo lo sofisticado al darme cuenta que estaba sosteniendo en la boca un termómetro que otros habían dispuesto para el recto. No podía quejarme, ella continuaba sosteniendo mi mano, diciéndome que todo iba a estar bien; y así hasta que el asunto de mi muerte pasó a segundo plano porque el doctor era Huamán, pero no tanto:

–Este muchacho no tiene nada, señorita

Lo primero que Celeste me preguntó fue por qué había llegado tan lejos. Le conté que por vergüenza. No quería que el taxista gordito pensara que éramos unos farsantes en el taxi, no quería que la enfermera pensara que éramos unos farsantes en la recepción y a todos pude engañar menos al doctor Huamán.

–¿Hiciste todo esto para conocerme? – me preguntó

–Imagínate todo lo que sería capaz de hacer para conquistarte – le respondí. Ella sonrió.

Estábamos en la cafetería de la clínica. En medio del croissant y el café de máquina, me puse a pensar en voz alta:

–¿Te imaginas cuantas personas habrán tenido su última cena en esta cafetería?

–No digas eso, es muy triste

–Está bien, lo siento. ¿Cómo te llamas?

Se presentó como Celeste, Celeste Del Prado, por eso hubiera sido perfecto que yo sea Alejandro Del Campo. La decepción un poco al presentarme: ni Alejandro ni Del Campo:

–Humberto Sánchez, aunque todos me dicen Beto. Clase media y bajando. Y, claro está, para tu consumo y adicción

–Eres divertido – me dijo ella sonriendo. Acto seguido, miró su reloj de mano, iba tarde para su clase y la Cato no quedaba tan cerca que digamos –. Bueno, fue un gusto haberte conocido, Beto

–Un gusto también, Celeste – le dije

Nos quedamos un par de segundos en silencio, no me animé a pedirle el número celular y ella sí se animó a pedirse un taxi.

–Ya me voy – dijo de nuevo y fue como en los teatros cuando hacen la tercera llamada. Entonces se me ocurrió la brillante idea de no hacerme el muerto y decirle:

–No sé cómo estés de tiempos este fin de semana, me pareció muy divertido estar contigo. Quizás, si es que te parece buena la idea, podríamos ir a tomar un café

Lo pensó un minuto y medio, que se hizo eterno, y finalmente respondió:

–Sí, también me divertí hoy. ¿Qué te parece si nos encontramos en el Starbucks del Óvalo Gutiérrez?

FIN